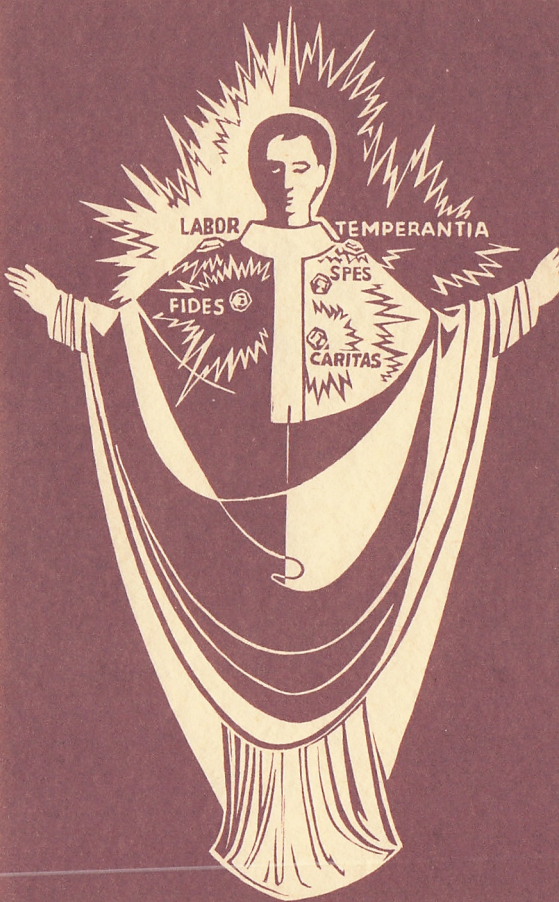


Saf





## AGUINALDO PARA EL AÑO 1964

Mientras se está celebrando con toda solemnidad el suspirado Segundo Concilio Vaticano, y mientras en el Colle se eleva al Cielo, con cooperación unánime, el Templo dedicado a San Juan Bosco, esforcémonos todos en acompañar espiritualmente estos dos acontecimientos,

*con unidad de mente y de corazón en nuestra vida de familia,*

*con un mayor empeño en nuestra santidad personal,*

*y con celo apostólico, en favor de las almas a nosotros confiadas.*

El *sueño de los diez diamantes*, nos invita a practicar durante el año 1964, virtudes esenciales para nosotros, en el

doble centenario de la colocación de la primera piedra del Templo de María Auxiliadora y del decreto de alabanza de la Congregación Salesiana (M. B. VII, p. 652 y 705).

La Santísima Virgen Auxiliadora nos asista y bendiga, y con nosotros bendiga a cuantos con nosotros están relacionados.

SAC. RENATO ZIGGIOTTI

*Turin*, 1 de Enero de 1964.

EL SUEÑO  
DE LOS DIEZ DIAMANTES

(M. B. XV, 183-186)



La gracia del Espíritu Santo ilumine  
nuestros sentidos y nuestros corazones.  
Así sea.

*Para enseñanza de la Pía Sociedad Sa-  
lesiana.*

El 10 de setiembre del corriente año de  
1881, día que la Iglesia consagra al glo-  
rioso nombre de María, estaban los sale-  
sianos de Ejercicios Espirituales en S. Be-  
nigno Canavese.

En la noche del 10 al 11, mientras dor-  
mía, creí hallarme paseando en una gran  
sala, magníficamente adornada, con los Di-  
rectores de nuestras casas, cuando apareció  
entre nosotros un hombre de tan majes-

tuoso aspecto que no podíamos fijar en él la mirada. Habiéndonos observado en silencio, se puso a caminar ante nosotros a pocos pasos de distancia. El Personaje estaba vestido de la siguiente manera: Un rico manto le cubría el cuerpo a manera de capa; junto al cuello llevaba una banda anudada por delante, con una cinta que le caía sobre el pecho. En la banda se leía con brillantes caracteres: *La Pía Sociedad Salesiana en el año 1881*, y en la cinta: *Cómo debe ser*.

Lo que apenas nos permitía mirar al augusto Personaje, eran diez diamantes de tamaño y esplendor extraordinarios. Tres de estos diamantes los tenía sobre el pecho. En uno estaba escrito: *Fe*; en otro: *Esperanza*, y en el tercero, colocado sobre el corazón: *Caridad*. Sobre los hombros llevaba otros dos diamantes. En el del hombro derecho se leía: *Trabajo*; y en el del izquierdo: *Templanza*. Los cinco diamantes restantes adornaban la parte posterior del manto, dispuestos en el siguiente orden: uno, el más grande y re-

fulgente, estaba en medio, como centro de un cuadrilátero, y tenía escrito: *Obediencia*. Sobre el primero de la derecha, se leía: *Voto de Pobreza*. Sobre el segundo, puesto en el mismo lado, pero más abajo: *Premio*. En el tercero, colocado a la izquierda: *Voto de Castidad*. El resplandor que irradiaba este diamante era tal que fascinaba y atraía la vista como el imán al hierro. El cuarto, colocado también a la izquierda, pero más abajo, llevaba grabada esta palabra: *Ayuno*. Estos cuatro diamantes dirigían sus rayos luminosos hacia el diamante del centro. Todos los diamantes despedían rayos que se elevaban a manera de pequeñas llamas en las que se leían diversas sentencias.

En los rayos del *diamante de la Fe* estaba escrito: *Armaos con el escudo de la Fe, para que podáis combatir contra las asechanzas del demonio. La Fe sin obras es muerta. No los que oyen la ley de Dios poseerán su reino, sino los que la cumplen.*

En los rayos de la *Esperanza*: *Confíad en Dios, no en los hombres. Estén vuestros corazones siempre fijos donde están los verdaderos goces.*

En los rayos de la *Caridad*: *Si queréis cumplir la ley divina, ayudaos los unos a los otros. Amad y seréis amados. Pero amad vuestras almas y las de vuestros prójimos. Récese devotamente el oficio divino. Celébrese atentamente la santa Misa. Visítese con grande amor a Jesús Sacramentado.*

En el diamante del *Trabajo*: *Remedio de la concupiscencia. Arma poderosa contra todas las insidias del demonio.*

En el diamante de la *Templanza*: *Si quitáis la leña se apaga el fuego. Haced pacto con los ojos, con la gula y con el sueño, para que estos enemigos no perjudiquen a vuestras almas. La intemperancia y la castidad no pueden vivir juntas.*

En el diamante de la *Obediencia*: *Fundamento del edificio espiritual y compendio de la santidad.*

En los rayos de la *Pobreza*: De los pobres es el Reino de los Cielos. Las riquezas son espinas. La pobreza no consiste en palabras, sino en afectos y obras. Ella nos abrirá el Reino de los Cielos y entraremos en él.

En los rayos de la *Castidad*: Todas las virtudes vienen juntamente con ella. Los limpios de corazón comprenden los arcanos divinos y verán al mismo Dios.

En los rayos del *Premio*: Si te deleita la grandeza del premio, no te espanten los muchos pesares de la vida. El que conmigo padece, conmigo gozará. Momentáneo es lo que padecemos en la tierra; eterno lo que deleitará a mis amigos en el Cielo.

En los rayos del *Ayuno*: Arma potentísima contra las asechanzas del enemigo. Custodio de todas las virtudes. Con el ayuno se vencen todo género de demonios.

La orla del manto era una ancha franja rosada, en la que se leían estas palabras: «Argumento de predicación por la mañana, al mediodía y por la tarde. Recoged

los fragmentos de las virtudes y levantaréis un gran edificio de santidad. ¡Ay de vosotros si despreciáis las cosas pequeñas, poco a poco caeréis! ».

Hasta entonces los Directores habían estado, quien de pie, quien de rodillas, pero todos atónitos y silenciosos. Entonces Don Rúa, como fuera de sí, dijo: « Es necesario tomar apuntes para no olvidarse ». Y Don José Fagnano añadió: « Me gustaría tomar nota de todo », y se puso a escribir con el tallo de una rosa. Todos miraban y comprendían lo que iba escribiendo. Cuando hubo terminado de escribir, Don Santiago Costamagna continuó dictando: « La caridad lo comprende todo, lo soporta todo, lo vence todo; prediquémosla con la palabra y con los hechos ».

Mientras Don José Fagnano escribía, desapareció la luz y densas tinieblas invadieron el salón. « ¡Silencio! — exclamó Don Carlos Ghivarello. — Arrodillémonos y vendrá la luz ». Don Luis Lasagna comenzó el *Veni Creator*, después el *De*

*profundis*, la jaculatoria *María Auxilium christianorum*, siguiéndole todos. Al responder los circunstantes: *Ora pro nobis*, apareció una luz, rodeando un cartel en el que se leía: *Cómo corre peligro de ser la Pía Sociedad Salesiana en el año 1900*. La luz se hizo un poco más viva, de modo que todos nos podíamos ver y conocer.

En medio de aquel resplandor reapareció el Personaje, pero con aspecto melancólico y como quien está a punto de comenzar a llorar. El hermoso manto que antes le cubría estaba ahora descolorido, apolillado y roto. En el sitio de los diamantes, debido a la polilla y a otros insectos, sólo había un gran rasgón.

« *Mirad y entended* », nos dijo. Y vi que los diez diamantes se habían convertido en otras tantas polillas que roían furiosamente el manto.

El diamante de la *Fe* había sido sustituido por esta frase: *Sueño y pereza*.

El de la *Esperanza*: *Risas y chacota*.

El de la *Caridad*: *Negligencia en los divinos oficios. Aman y buscan sus cosas y no las de Jesucristo*.

El de la *Templanza*: *Gula y aquellos cuyo Dios es el vientre.*

El del *Trabajo*: *Sueño, hurto y ociosidad.*

En el lugar de la *Obediencia* había un gran desgarrón.

El diamante de la *Castidad* había sido sustituido por la frase: *Concupiscencia de los ojos y soberbia de la vida.*

El de la *Pobreza*: *Lecho, vestidos, bebida y dinero.*

El del *Premio*: *Nuestra herencia serán las cosas de la tierra.*

En el sitio del *Ayuno* no había nada escrito, sólo un rasgón.

Ante espectáculo tan desolador quedamos todos aterrados. Don Luis Lasagna cayó desmayado al suelo. Don Juan Cagliero quedó pálido como la cera y apoyándose en una silla exclamó: « ¿Es posible que las cosas hayan llegado ya a este punto? ». Don José Lazzero y Don Pedro Guidazio estaban como fuera de sí y se dieron la mano para no caer. Don Juan Francesia, el Conde Cays, Don Julio Bar-

beris y Don José Leveratto estaban arrodillados rezando el Rosario.

De pronto se oyó una voz potente que decía: *¡Cómo ha desaparecido tanta belleza!*

Repentinamente nos volvimos a encontrar rodeados de densas tinieblas, en medio de las cuales apareció una luz vivísima en forma de cuerpo humano. No pudimos fijar en él la mirada, pero nos fue dado a conocer que se trataba de un agraciado jovencito, vestido de blanca túnica, bordada en plata y oro. Alrededor de la túnica llevaba una orla de luminosísimos diamantes. El jovencito de blanca túnica se adelantó un poco hacia nosotros y con majestuoso aspecto, dulce y amable al mismo tiempo, nos dirigió estas textuales palabras:

*Siervos e instrumentos del Dios Omnipotente, prestad atención y entendedlo bien. Animaos y permaneced firmes. Lo que acabáis de ver y de oír es un aviso celestial para vosotros y para vuestros hermanos. Estad atentos y comprended mis*

*palabras. Los dardos que se ven venir  
hieren menos y se pueden prevenir. Cuan-  
tas son las palabras señaladas, otros tantos  
sean los argumentos de predicación. Pre-  
dicad sin cesar, oportuna e importuna-  
mente. Pero lo que prediquéis practicadlo  
constantemente, de tal manera que vues-  
tras obras sean como la luz, que, cual  
segura tradición, pase de generación en  
generación a vuestros hermanos e hijos.  
Oid y recordadlo bien: Sed cautos en la  
aceptación de los novicios; fuertes en su  
formación; prudentes en admitirlos a la  
profesión. Probadlos a todos; pero que-  
daos sólo con los buenos. Despedid a los  
ligeros y volubles. Oid y recordadlo bien:  
vuestra meditación de la mañana y de la  
noche sea constantemente sobre la exacta  
observancia de las Constituciones. Si lo  
hacéis así no os faltará nunca el auxilio  
del Omnipotente. Seréis la admiración del  
mundo y de los ángeles y entonces vuestra  
gloria será la gloria de Dios. Los que  
vivan al fin de este siglo y al comienzo  
del otro dirán de vosotros: El Señor ha*

*hecho todo esto y es admirable a nuestros ojos. Entonces todos vuestros hermanos e hijos cantarán al unísono: No a nosotros, Señor, no a nosotros, sino a tu nombre da toda la gloria.*

Estas últimas palabras las cantó el jovencito y a su voz, se unieron multitud de voces tan armoniosas y sonoras que todos quedamos extasiados y para no caer desvanecidos, nos unimos a los demás en el canto. Cuando éste hubo terminado, se oscureció la luz. Entonces me desperté y me di cuenta que comenzaba a amanecer.

\*

Y D. Bosco terminó la narración del sueño con estas palabras: *« Nuestra Sociedad es bendecida por el Cielo; pero Dios quiere nuestra cooperación. Los males que nos amenazan se podrán evitar si predicamos sobre las virtudes y combatimos los vicios arriba indicados; y si esto que predicamos lo practicamos y lo legamos a nuestros hermanos como práctica tradicional de cuanto se ha hecho y seguiremos haciendo ».*





